EN LA NOCHE

Por Xavier Gàrin

I

Le llamábamos Abuelo; así, simplemente Abuelo. No nos unía ningún parentesco, ni es que fuera especialmente decrepito, pero era el más antiguo. Nadie recordaba haber estado allí antes que él. Estaba revestido de autoridad, la que nosotros le conferíamos por su calidad pretérita. Por eso, cuando nos avisaba para decirnos algo, todos acudíamos a pesar de que ninguna norma nos obligaba a seguir sus dictámenes ni sus consejos - tan habituales -.

Aquella noche sabíamos que iba a hablarnos y allí estábamos, sentados sobre la fría piedra, dejando de lado nuestros juegos habituales. Alicia me miraba, con gesto compungido, y yo me encogía de hombros. ¿Qué le íbamos a hacer?. Mañana sería otra noche. Tampoco era tan frecuente que Abuelo nos citase; en general, puede decirse que campábamos por nuestros respetos (odiosa frase que nunca supe lo que significaba con certeza).

Llegó cuando el reloj de la iglesia dejaba sonar una triste campanada. Lo oíamos bien; total, la distancia no superaba el kilómetro. Su gesto era solemne, no como el de otras ocasiones; su rostro, de una palidez marmórea, reflejaba preocupación. Se incorporó con facilidad sobre su piedra habitual y nos miró durante un largo instante, como si nos contase para saber si faltaba alguno de los ciento seis.

- Veo que estáis todos - dijo -. Estoy obligado a hablaros de algo que nunca os mencioné antes. Hemos sido felices aquí durante muchos años, nadie nos ha molestado,

ni nosotros hemos molestado a nadie. Cuando suenan las once campanadas, despertamos, reímos, jugamos, bailamos, amamos... Cuando suenan las seis campanadas, descansamos. Así ha sido y así será siempre. Aunque nunca, desde la edad antigua, hablamos con Ellos, teníamos un pacto, un pacto que no firmamos en ningún documento, un pacto tácito. Ahora lo han roto... ¡Lo han roto!

Un murmullo generalizado recorrió el lugar. ¿De qué pacto nos hablaba?, ¿qué sabía él que no había compartido jamás con nosotros?.

- Sí, os lo voy a decir - prosiguió, adivinando nuestros pensamientos - Cuando salí la primera noche, el pueblo estaba a oscuras y en el reloj de la iglesia daba la medianoche; os parecerá extraño, pero en aquella época no habían sino cuatro o cinco casas con sus graneros. Me acerqué a la primera; había una luz en su interior que provenía del hogar, donde un leño ardía, crepitando. Quedé extasiado. ¡Tantas veces como había visto allí mismo la leña arder, y era como si lo descubriera en ese momento!. Una mano cerró precipitadamente la ventana. Seguí caminando y otras dos ventanas, de otras viviendas, por las que podía llegarme la luz, también se cerraron. Entonces comprendí que debía respetar un acuerdo; no tenía que ir al pueblo, podía hacer cuanto gustase, pero desde aquí hacia fuera.

Hizo una pausa. Daba la sensación de que sus recuerdos le hacían daño, que hubiera deseado estar de nuevo allí, en aquella primera noche.

- No es que me importase no poder acercarme al pueblo, pero quería verlos o, al menos, que Ellos me visitasen. Pasó el tiempo y Ellos nunca vinieron, o si lo hicieron fue cuando yo estaba descansando y no tuve conciencia de su presencia. Esto tenía una significación clara: Yo no podía ir al pueblo, ni Ellos venir aquí. Con el paso del tiempo, fuimos siendo más y también el pueblo creció. El pacto se ha mantenido siempre, hasta

hoy. Necesitamos un espacio para nosotros, y ese espacio es el que va desde aquí hacia el árbol, el de Joaquín, el de la Peña de la Horca... ¡Ese espacio es nuestro!

Nos miramos en silencio. Ya lo comprendíamos. El pueblo había crecido tanto que algunas casas lindaban ya con nuestra demarcación; al principio se había desarrollado hacia el otro lado, hacia el nacimiento del río, pero era un terreno escarpado y, poco a poco, habían empezado las construcciones por este lado. Habíamos visto las casas acercarse, pero nunca vimos en ello una amenaza.

Ahora sí que lo entendía. Me había llamado la atención esa nueva construcción, más allá de nuestro sendero, justo en el camino hacia la Peña. ¡Claro! El que estuviera haciendo esa casa, rompía el tratado (tácito, si se quiere, pero tratado).

- Hemos de hacer algo, y hemos de hacerlo ya. Si no, nuestra paz y tranquilidad, nuestra diversión, nuestras noches de vida, se habrán terminado para siempre. He estado pensando en ello y solamente se me ocurre que respondamos a la inversa, que nosotros invadamos su espacio, que caminemos por el pueblo, que entremos en sus casas, que les hagamos comprender que lo que estaba bien, estaba bien, y esto no lo vamos a aceptar.

Lo que proponía era un enfrentamiento, una guerra. Miré a Alicia, al tiempo que todos asentían: estaba claro que nadie pondría en duda los argumentos de Abuelo. Ahora bien, ¿cómo nos podíamos enfrentar a Ellos?... Lo que Abuelo parecía no entender era que aquellos fueron otros tiempos; le cerraron las ventanas, sí, pero hoy quizás nos sintieran llegar y nos echaran con crueldad de sus calles y de sus casas.

- Por esta noche, lo dejaremos así. Lo pensaremos y trazaremos un plan. Mañana os comunicaré qué hacer. Disfrutad ahora, mientras todavía sea posible.

Inmediatamente nos dispersamos. Todos estábamos ávidos de vivir intensamente esa noche. Nuestro movimiento arrastró el manto de niebla, que ascendió velozmente entre los árboles, quebrándose hacia la Peña y hacia el camino; otra parte se deslizó por

el barranco, hacia el río. Alicia y yo nos tomamos de la mano y subimos a lo alto del ciprés que tantas veces nos había acompañado en el amor, dándonos su apoyo.

- ¿Qué haremos ? - preguntó Alicia, apretándose contra mí.

- Mañana será otra noche. Disfrutemos hoy.

Nos besamos. Como otras veces, fuimos entre las finas ramas, retomando la humedad de la noche, aglutinándola y solidificándola con nuestros cuerpos, creando una capa de escarcha. Veía a Alicia frente a mí, haciendo ya casi estable y consistente su gota; miré hacia la rama inferior y comprendí que estábamos en el punto perfecto para fusionar nuestros cuerpos, amalgama de agua y vida. Le hice una señal y ambos nos dejamos resbalar al unísono. Nos fundimos en la caída; era como un relámpago de frío y ternura que quedaba plasmado en una nube de rocío sobre la rama inferior. Así estaríamos hasta la hora señalada para volver a nuestro lecho. Era la infinitud, solo obtenible a través del amor.

Al sonar las seis campanadas, el hechizo se difuminó. Nos dejamos resbalar; nuestro abrazo se convirtió en unas manos juntas, luego tan solo nos tocábamos las puntas de los dedos... Los demás ya regresaban también. La masa de niebla descendió sobre las losas y cada cual volvió a ocupar su lugar. En el horizonte, un rayo de sol rompía la noche quebrándola como una línea trazada por una invisible mano sobre la circunferencia del universo. Cerré los ojos. *Mañana será otra noche*, me dije.

II

La autoridad de Abuelo (esa que nunca nos impuso) comenzó a perderse cuando comprendimos que sus teorías eran erróneas. La idea del enfrentamiento fue un rotundo fracaso. Durante semanas, caminamos por las calles, entramos en algunas casas, y no pasó absolutamente nada; no nos veían, ni nos tenían en cuenta para nada. Alicia no

venía con nosotros; Abuelo decía que los que tuvieran familiares todavía en el pueblo, no debían aventurarse al encuentro con ellos, pero los demás teníamos que ser consecuentes y hacer nuestro trabajo. Ella era muy reciente, así que se quedaba.

La casa que me había adjudicado ya la conocí en otros tiempos. Había cambiado mucho; ahora tenía dos plantas y la luz no venía del hogar sino de extraños colgantes en los techos. No tener a Alicia a mi lado me perturbaba, pero no quería desoír las instrucciones. No tardé nada en darme cuenta de que Ellos no nos prestaban la más mínima atención; así que Abuelo se equivocaba, en aquel primer paseo no le cerraron a él las ventanas, fue casual, no había ningún pacto tácito que romper porque nunca había existido tal acuerdo, habíamos vivido dentro de una gran mentira. Pero de todo esto no dije nada e intenté cumplir con mi deber.

En aquella vivienda habitaban solamente un matrimonio de avanzada edad y su nieto, un niño de ocho años, travieso y tremendamente listo para su tiempo y tamaño. Todas las noches, los viejos enviaban al niño a dormir a la habitación de la planta superior y ellos charlaban sobre la situación de la cosecha, o sobre el nuevo granero, o sobre las muertes, nacimientos y enlaces de sus vecinos. Aquello resultaba aburrido. Me sentaba al lado de aquella pareja y les oía hasta que se iban a la cama, casi siempre pasada la una. No sabía cómo llamar su atención, cómo hacerles comprender que el pueblo no podía seguir creciendo en dirección a la Peña; si les hablaba no me oían, si intentaba tocarles, mi mano resbalaba por su rostro y ellos apenas reprimían un mínimo escalofrío. Era una batalla inútil.

Algunas noches, el niño, cuando sus abuelos se habían ido a dormir, bajaba a tientas e iluminaba un cajón de madera en que se podían ver imágenes. Aquello me divertía; no podía comunicarme con él, pero al menos tenía ante mí un curioso

espectáculo. El niño hablaba consigo, y al cajón. *¡Dale!*, decía, *¡Corre, que te atrapa!*... Otras veces se quedaba dormido allí mismo.

Al final, no soportando más aquella situación, me enfrenté a Abuelo. Le dije todo lo que pensaba. Otros me respaldaron y se adoptó la decisión de poner plazo a aquella insensatez: Seguiríamos intentándolo durante otras cuatro lunas y después les dejaríamos en paz. Esa misma noche, avalado por el triunfo, propuse a Alicia que viniera conmigo.

Yo no sabía que aquella había sido antes su casa. Cuando vio al niño, sentado allí, dormido frente a aquel recinto de imágenes en movimiento, no pudo reprimir un llanto desconsolado. Era su hijo y los recuerdos la devoraban. Se abrazó a él, le colmó de besos y lágrimas. El niño se despertó, temblando de frío. A duras penas, pude separarlos y llevarme a Alicia de allí. El pequeño había comenzado a llorar y llamaba a sus abuelos.

Las noches que siguieron, estuvimos con él todo el tiempo, en su habitación. Antes de arrojarse, el pequeño besaba la fotografía enmarcada de una Alicia sonriente que reposaba sobre la mesilla: *Buenas noches, mamá*. Junto a la cabecera de la cama, había una fuente de luz, acoplada a una especie de figura con un extraño sombrero plateado; el muchacho apretaba con sus dedos un cordón con dos salientes metálicos, que insertaba en sendos orificios en la pared, y se hacía la luz; si tiraba del cordón, la luz se apagaba. Mientras él dormía, penetré en aquellos orificios; Alicia me acompañó. Un intenso calor recorría nuestros cuerpos. A través de aquel conducto, dominado por una total oscuridad, una fuerza desconocida para mi creaba turbulencias. Alicia me tomó de la mano y me indicó que la siguiera; ella sí conocía ese mundo y tuvo la paciencia de explicármelo.

Fue una conmoción y, al mismo tiempo, una explosión de luz interior. Si juntábamos nuestras manos, tomando con ellas las extensiones metálicas de aquel cordón, de un lado, y del otro penetrábamos en los orificios, la luz se transmitía y la

lámpara brillaba (una bombilla, según me había dicho Alicia). Observé al muchacho, durmiendo ajeno a aquel acontecimiento, y una idea fue tomando cuerpo en mi mente: Quizás por este camino pudiéramos llamar su atención, comunicarnos con él, y a través de él con todo el pueblo.

La comunicación se produjo a la noche siguiente. El niño miraba extasiado como la luz iba y venía, sosteniendo entre sus manos el cable, sin comprender cómo era posible aquel fenómeno. *Mamá*, decía, *¿eres tú?... ¿Estás ahí, mamá?*. Entonces hacíamos que la luz se encendiera una sola vez y luego manteníamos la oscuridad. El pequeño era listo; dos horas más tarde ya instruía: *Una luz es sí y dos luces es no*. Así, mediante el sí y el no, supo que su madre estaba allí, que no estaba sola, que veníamos por las noches, que solo nos impulsaba el amor, que le queríamos y que nos queríamos.

III

Ya han pasado tres lunas y nos queda poco tiempo para hacerles comprender que el camino de la Peña debe quedar expedito. El muchacho ha encontrado la solución y Dios quiera que funcione. Hemos hecho múltiples pruebas en su habitación, y nos parece factible.

Esta noche, todo el pueblo está despierto. La plaza es un hormiguero de gente. El niño ha conseguido convencerles para que coloquen entre los troncos de varios árboles tantas luces (bombillas, sí) como letras hay en el alfabeto y debajo de ellas han situado unos cartelitos: *A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, Ñ, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z, 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9*. Nosotros también estamos aquí, convenientemente instruidos por Alicia; nos hemos colocado entre las luces de forma que ella nos indicará por dónde y cuándo ha de pasar la corriente eléctrica (ahora ya sé manejar estos

términos. ¡Qué alivio!). Nuestras manos están ligadas formando una cadena que recorre toda esta parafernalia. Abuelo nos mira y asiente.

Ya son las doce. A una señal de Alicia, hacemos que todas las luces alumbren. Las risas se transforman en admiración, al ver que el enchufe no está conectado. Los incrédulos miran al muchacho y gesticulan pidiendo disculpas. Nuestro mensaje comienza, lenta, pero seguramente. Sólo pretendemos la paz, la tranquilidad, el sendero, el camino, la Peña, la niebla, la escarcha, la noche. Nuestro descanso, es su descanso.

Los rostros miran extasiados las luces. Algunos toman nota en un papel de las letras que se van iluminando. *Dicen que... dicen que... Y dicen que...* Otros lloran. Al finalizar, el alcalde, en el nombre de todos, sin poder contener la emoción, jura un pacto solemne y permanente de liberar la zona que media entre el cementerio y la Peña, y añade, sollozando: *Ana, si estás ahí, quiero que sepas que nunca te he olvidado...* Una luz brilla en respuesta. Luego, todas.

Hoy ha sido una noche magnífica, esplendorosa. El orden se ha reinstalado. Abuelo es feliz y nos abraza mientras regresamos. Las cosas están donde deben estar. Echaremos de menos al niño, sobre todo Alicia, pero él sabrá que estamos aquí, cerca, que un día podrá reunirse con nosotros y compartir esta felicidad.

Una vez más, fusionándonos en escarcha, hacemos el amor. Al sonar las seis campanadas, nos agrupamos gozosos y descendemos sobre las frías piedras, dejando un haz de niebla como aura.

Las ventanas de las casas están abiertas. Todo el pueblo mira hacia aquí, nos saludan agitando las manos, suponiéndonos. Nos ven en la niebla. Somos felices y ya nada nos ha de preocupar. *Mañana será otra noche.*